

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## REGRESO

Los que habían salido de España arrojando el quebranto de los cambios á 43 por 100, vuelven á sus hogares con provisión de indumentaria de abrigo. Es esta época del año muy poco á propósito para estarse fuera de casa, y hay que exclamar: «A tu tierra, grulla, aunque sea en un pie.» Con gusto se busca el calor del fuego de la chimenea ó del modestísimo brasero; con gusto se recibe en la cara el vaho de la caliente sopa; es simpático el crujir de la castaña en la lumbre, el chirrido de la sartén donde se frien las magras y las patatas; complace la gruesa alfombra que acaricia el pie, la cortina pesada que intercepta el aire, el burlete que resguarda la ventana, el panel de guata que forra el *collet*, la manta de piel sacada de sus prisiones y que al aire pierde el olor pegajoso de las drogas contra la polilla; el aroma del te brotando sutil de la tetera vibrante por la ebullición del agua recrea el sentido, y en sus ligeras columnas de humo perfumado nos parece sentir que penetra en nuestro espíritu el alma cariñosa, confidencial, del invierno...

Al volver á España, acuden más vivas las memorias del siempre hermoso y calumniado París. Cuando salí en dirección á la capital de Francia, iba asustada por los malos augurios que todo el mundo prodigaba. Apenas llegué allí, me convencí de que no se debe hacer caso de aves agoreras.

¿Qué calor asfixiante era ese, que había llegado á infundirme terror? Por el camino y durante mi residencia en la gran ciudad, disfruté de una temperatura que para tal época del año pudo llamarse deliciosa. A la sombra, diez y siete grados. El cielo hallábase velado por nubes finamente grises, y frecuentes tormentas, que descargaron en lluvia, humedecieron el aire y regaron el suelo, evitando las molestias del seco polvo. No hacía más calor que en Galicia, y las insolaciones de las semanas primeras de julio, que existieron realmente, las he oído atribuir, en gran parte, á travesuras del espíritu parral.

¿Qué diferente París este año, si recordamos el pasado, la Exposición y su bullicio! Aunque las grandes arterias, los bulevares y la avenida de la Opera, se vieron atestadas de gente, oyéndose resonar, como siempre, todos los idiomas europeos, faltaba la algarazara y el zumbido de colmena inmensa que llenaban á París, aquel loco y vertiginoso ir y venir de coches, ómnibus y tranvías disputados á empujones, aquellos gritos y pregones de *tickets* y álbumes, la fiebre ardorosa de la feria del mundo.

Lo que sí puede afirmarse es que París, en verano, se queda sin cerebro. Escritores y artistas, aprovechando las vacaciones, se apresuran á buscar en la aldea, en las playas, en Suiza, en las páldas orillas del mar del Norte, el descanso y el cambio de vida que exige la tarea intelectual. Cuando intenté ponerme al habla con mis eminentes amigos, tuve que hacer excursiones por las cercanías, á las aldehuelas encantadoras que el Sena enverdece con el frescor de su ancha corriente pacífica.

La impresión de tranquilidad, de pueblo de provin-

cia, que París causa en verano, se caracteriza al internarme en los barrios de la otra orilla del río, llenos de iglesias, de imprentas y librerías, de tiendas de anticuarios y de objetos religiosos, y de establecimientos de enseñanza. La idea del París endiabrado, orgiástico y crapuloso — idea inexacta, porque la capital de Francia es un foco de activa labor, de sabia economía y de vida metódica — desaparece allí por completo. Las calles cercanas á San Sulpicio, familiares para mí, estaban en agosto semidesiertas. Las comadres del barrio, fruterías, verdulerías, hueverías, vendedoras de leche, nata y quesos, polleras, carniceras, salían á la puertas á charlar unas con otras. Cruzaban numerosos eclesiásticos, con paso discreto, sin taconear, y las monjas, por parejas — hermanas de la Caridad, Carmelitas vestidas de burel, hermanas de la *Sagesse* con su arcaico traje y tocado procedentes del siglo XVII — se apresuraban, activas y silenciosas, como el que lleva un objeto y no se ha de entretener. En tales barrios, los nombres de los hoteles dicen á voces que nos encontramos en el riñón del París católico: veo el *Hotel del Vaticano* — donde me alojé años hace, y donde en cada habitación había un retrato del papa, una estatuilla de la Virgen, una pila con agua y boj bendito. — En estos hoteles, apeadero de obispos y sacerdotes cuando vienen á París, no se oye el vuelo de una mosca; la puerta se cierra antes de las diez, y casi no es lícito ir al teatro; sería alborotar el cotarro recogiendo á horas que escandalizan.

Lo único que animaba esos barrios eclesiásticos y docentes el día en que los recorrí, era la distribución de premios en colegios y escuelas de niñas. Era la hora en que salen los papás y mamás, dilatado de gozo el semblante, con sus chiquillas laureadas. Debe de prevalecer un criterio de suma indulgencia en lo que toca á recompensar, porque era un desfile interminable de chiquillería, de risueñas y lindas *gamine*s de cinco á quince primaveras, coronadas de laurel verde alternado con rosas blancas, ó rosas blancas sólo, y llevando bajo el brazo los libros de vistosas encuadernaciones. A la puerta de los colegios formábanse grupos para verlas salir radiantes de gloria y para felicitarlas. Escena provinciana pura: las tenderas, las buenas mujerucas de los puestos, el peluquero, el viejo que laña porcelanas rotas, los del orden, los cocheros simones, apiñados en la acera, alrededor del colegio, en espera de las triunfadoras, que asomaban muy peripuestas, de rosa, azul ó blanco, hechas unas macetitas de flor...

¡Y ahí tenéis un barrio parisense! — No es la primera vez que noto, en los países muy civilizados, esta especie de candor bonachón, fácil y alegre, este paladeo cariñoso de los sabores de la vida sencilla y modesta, indicio de salud moral. Quien va á París á buscar corrupción, la encuentra; corrupción la hay en todas partes. Quizá sería más difícil, en otras ciudades, descubrir la moderación de costumbres y la aceptación de la ley del trabajo que aquellos barrios delata. No conozco en Madrid zona tan laboriosa ni de tal sosiego. Otra cosa que siempre me sorprende de un modo grato, es la cordialidad y la cortesía en las relaciones entre gentes que no se conocen, ni han de volver á verse en la vida. No sería aquí donde pudiese arraigar, ni un minuto, la incultísima y necia guasa del *jejeeh?* que, según me escribieron, hizo estragos en nuestra villa y corte.

A fuer de gente trabajadora, ¿con qué alma se divierten, cuando tocan á divertirse, los parisenses el domingo! Por supuesto que el cierre es universal: el precepto de la iglesia, las reivindicaciones socialistas y las prescripciones de la razón se dan la mano para asegurar el descanso á los que cumplieron como buenos y echaron los bofes por la boca la semana entera. En las mismas oficinas de Correos, el domingo se acaba temprano la labor, se cierra la taquilla de los certificados, y peor para quien no madruga. En Madrid compramos preferentemente á última hora, al volver de paseo, entre siete y ocho de la noche. En París, á las seis se cierran muchos grandes almacenes y á las siete se ha acabado la jornada. Los dependientes no son de hierro y necesitan, no algún esparcimiento, ¡siquiera tiempo para comer! En los *restaurants*, se sirven temprano los almuerzos y comidas. París vive, funciona, se levanta, se recoge, una hora á hora y media antes que Madrid, y guarda el domingo estrictamente. Más estrictamente ya no lo guarda, según noticias, Londres; y puede afirmarse que en Europa es pacto general el de permitir que el domingo repose la gente, se solace, eche al aire una cana. Y del barrio católico de San Sulpicio al travieso barrio de los estudiantes, el júbilo del domingo os envuelve en oleadas de risas, al paso de grupos de gente de juvenil buen humor. El domin-

go los trenes salen atestados, las aldeas se inundan, por los museos no se puede andar, los parques públicos, los magníficos parques tan frondosos y bien cuidados de París, son teatro de los juegos y retozos de los niños, y sirven de asilo á románticas parejas, que de lunes á sábado midieron tela ó despacharon lazos y plumas detrás de un mostrador. Y nadie se mete con nadie, á nadie le importa un pito nadie, como no sea para mostrarse amable y servicial, cuando el caso lo pide.

Las ceremoniosas fórmulas de que solemos hacer chacota, el *pardon*, el *merci*, el *s'il vous plaît*, el decir *señor* y *señora* y *señorita* hasta á los mendigos, van poco á poco tejiendo la tela de la buena crianza, del respeto mutuo, y estableciendo cordiales relaciones entre la humanidad. Confieso que en este particular, volver de París á Madrid es salir de un salón y entrar en una tasca. El pueblo de Madrid alardea de lo contrario: de insultante, de precoz, de insolente, de fiero y brusco. Diríase que cree humillarse con un rasgo de cortesía, y que juzga ensalzarse con una especie de erizada y provocativa hostilidad contra todo y todos: las damas, los coches, la vejez, la fealdad, la hermosura, la riqueza..., cuanto se diferencie de su manera de ser toscamente castiza...

Literalmente acibillado se hallaba París de cartelitos en que se recomienda no escupir en la calle, para combatir la tuberculosis; y desde que aparecieron, en efecto no se escupía. La sucia costumbre va á desaparecer, como había desaparecido, desde mediados del siglo pasado, en esa la pulcra Holanda, de donde vuelvo. Sea ó no eficaz para disminuir los estragos de la enfermedad horrible, ¿quién negará que es limpio y sensato no escupir? ¿Qué necesidad hay de escupir? Puede vivirse sin haber escupido una vez sola. Lo repugnante de la acción debiera bastar para que estuviese prohibida por el código del aseo. En Holanda, creo que en Amsterdam (es cuento que no garantizo), parece que cierto francés se descuidó y proyectó saliva, no en la calle (¡quién se atreve!), sino en un canal. El asombro y la indignación llegaron á tal extremo, que del suceso hizo efeméride, y en Amsterdam suele decirse: «Eso pasó el año en que escupió el francés.» Pues bien: los franceses van á dejar de escupir; ni por el colmillo siquiera.

El caso de Blanca Monnier, la secuestrada de Poitiers, célebre proceso que se ha fallado estos días, daba que hablar y seguirá dando en Francia, porque la pasión política, que levantó la polvareda Dreyfus, sopló también con su habitual violencia sobre esta causa. Fuese clerical ó fuese rojo, el hermano de la secuestrada es un hombre odioso, aborrecible, por la misma inercia que como excusa suya se ha alegado en los debates. Nuestro derecho penal castiga *al que hace*, pero no tiene bastante arraigado el concepto de que se es muchas veces criminal *por no hacer*. Monnier vió á su hermana en el más triste y horrible estado y no lo impidió, no protestó, no apuró todos los medios hasta sacarla de él. Por eso no debe ser perdonado.

Existen en el mundo seres afectados de cobardía moral, que, incapaces de cometer una maldad por cuenta propia, son también incapaces de impedirla. Una voluntad se les impone: si es mala, se les impone para el mal: no saben resistirla oponiéndole otra voluntad templada para el bien. La madre, en casa de Monnier, por lo que del proceso se deduce, dominaba á sus hijos: á Blanca la estorbó que se casase, y después la encerró en una habitación, sin luz, sin aire, sin abrigo, sin ropa, sin sustento, dejándola revolcarse en su propia inmundicia; á Marcelo le obligó á ser cómplice mudo y obediente de este crimen, y por consecuencia, no menos criminal.

Cuando leo que el abogado de Monnier dice que no se podía atender y limpiar á Blanca, porque ocultaba la cabeza entre las sábanas, me pregunto: ¿como se pueden emplear tan débiles argumentos? ¿Acaso en el hospital no han lavado, desinfectado, cuidado á esa desventurada, lo mismo que á cualquiera otra? ¿Que hiciese su familia lo que en el hospital se hizo.

La sentencia de Monnier me parece benigna. Sería de desear, y sería buen ejemplo para la difusión de las ideas de derecho y humanidad, que pensase algunos años. Recuerdo que un día vi á una madre baldar á golpes á su hija, criatura de corta edad, y como yo interviniese tratando de escudar á la chiquilla, la arpa me dijo: «¿Qué tiene que ver nadie con esto? Soy su madre.» Es preciso que cunda el convencimiento de que sobre los hijos no hay derecho de vida y muerte.

EMILIA PARDO BAZÁN.